

El soldadito de plomo

Había una vez, en una casa antigua, una caja llena de juguetes que guardaban vida y magia. Entre ellos destacaba un pequeño soldadito de plomo con una particularidad: solo tenía una pierna. Había sido el último en fabricarse y no había quedado plomo suficiente para la segunda. Eso no lo hacía menos valiente ni menos especial.

Cada noche, cuando los niños dormían y la casa quedaba en silencio, los juguetes cobraban vida. Firme en su puesto, el soldadito miraba a su alrededor con curiosidad. En el centro de la caja había una hermosa bailarina de papel con una falda blanca que brillaba a la luz de la luna. Giraba y giraba sobre una pierna fina y delicada.

El soldadito quedó fascinado por su gracia y su belleza. Desde aquel momento supo que estaba enamorado. Mientras los demás juguetes jugaban y reían, él la observaba en silencio, soñando con acercarse.

Un día entró una ráfaga de viento por la ventana y lo sacó de la caja. Rodó hasta el alféizar y cayó fuera. Con valor se incorporó y decidió que tenía que regresar junto a su querida bailarina. Así comenzaron sus aventuras.

Primero cayó en un canalón, donde una corriente lo arrastró hasta la alcantarilla. Allí se encontró con unas ratas malintencionadas que intentaron atraparlo, pero su valor y su determinación lo ayudaron a escapar.

Después lo recogieron unos niños, lo pusieron en un barco de papel y lo echaron al río. Navegó por aguas turbulentas, entre peces curiosos y peligrosos remolinos. Al final el barco se deshizo y el soldadito se hundió. Un pez enorme se lo tragó y se encontró en la oscuridad de su vientre.

El destino quiso que un pescador capturara el pez y lo llevara al mercado. Encontraron al soldadito dentro y lo devolvieron a la casa donde todo había empezado. Estaba sucio y agotado, pero su corazón seguía latiendo por la bailarina.

Con gran esfuerzo llegó hasta la caja de juguetes. Allí estaba ella, tan hermosa como siempre. Al verlo dejó de girar y corrió hacia él. Aunque estaban hechos de materiales distintos, compartían un amor capaz de superar los obstáculos.

Los demás juguetes, admirados por el valor y la dedicación del soldado, organizaron una fiesta en su honor. Bajo la luz de la luna, el soldadito y la bailarina bailaron juntos por primera vez. Giraban como si el mundo entero hubiera desaparecido a su alrededor.

Durante la fiesta todos contaron sus aventuras y dificultades, aunque ninguna historia resultaba tan emocionante como la suya. La bailarina lo miró a los ojos.

—Has demostrado una valentía y un amor como nunca había visto. Te quiero, soldadito.

Con los ojos brillantes de felicidad, él respondió:

—Yo también te quiero, bailarina. Nada volverá a separarnos.

Desde aquel día vivieron felices, bailando cada noche a la luz de la luna. Los otros juguetes los admiraban y respetaban, sabiendo que el amor y el valor podían abrirse camino entre las dificultades.

Y así, en una caja de juguetes mágica, encontraron su final feliz, demostrando que el amor verdadero era más fuerte que cualquier obstáculo.